

go? Y este borracho de Vaillant du Four, ¿no había perdido también la cabeza?

Calabacita estaba desesperada de verle asaltado por tan fúnebres visiones. No sabiendo qué hacer para disiparlas, pensó que tal vez una caricia no le sería desagradable. Le envolvió con sus brazos y le besó largamente en la boca.

CAPITULO XII

«Mira primero cerca de ti.»

BALTASAR se sintió sumamente conmovido por el proceder de Calabacita. Aun cuando pensó mucho en ello en los días siguientes, no acertaba a comprender de dónde le venía, en medio de tan penosas circunstancias, tanta profunda satisfacción y tanta alegría súbita.

Acompañó al señor Vaillant du Four a su última morada sin mucho más sentimiento que si el difunto no hubiera sido uno de los que se disputaban su corazón. Con la cabeza descubierta, admiraba la forma de las nubes o los balcones floridos de capuchinas, dejando a Fridolin, que marchaba a su lado, el trabajo de derramar lágrimas por el muerto.

Trancurrió una semana deliciosa. Calabacita no iba a limpiar y arreglar "Las Danai-

des" más que cuando sabía que Baltasar estaba ausente. Este no la echaba mucho de menos. Libre, despreocupado, se iba de casa y hallaba en las fortificaciones o en el Bosque de Bolonia mil modos de gozar de la vida. El aire tenía un aroma especial; el sol y la sombra poseían cualidades particulares.

—No puedes imaginarte, Calabacita—decía continuando sus discursos mentales con la joven—, lo rápido que me parece el tiempo. No me intereso por nada, no pienso en nada y, sin embargo, yo sé que no pierdo ni un solo minuto del día. ¡Ah!, la filosofía cotidiana no me ha dado jamás tal impresión de plenitud, y te aconsejo que poco a poco te vayas librando de una doctrina cuyos rigores están llenos de peligros.

Una carta de Violante puso fin a este período de agradable negligencia:

"Jamás he dudado de vos, Baltasar mío; pero los términos en que me anunciáis vuestra victoria os elevan sobre el nivel de mis sueños. La vida será bella para tan orgullosos amantes como nosotros.."

Baltasar comunicó oficialmente al señor Rondot que le visitaría el miércoles siguiente,

a las cuatro de la tarde. Y la mañana de aquel miércoles fué a prevenir a Calabacita de su decisión.

En el pequeño patio que precedía al cobertizo estaba la joven barnizando el cajón que le servía de cómoda. Escuchó la comunicación de Baltasar y continuó su trabajo, pero el pincel cayó de sus manos y sus rodillas se doblaron hasta tocar el suelo. En aquella posición enseñaba los zurcidos de sus medias de algodón negro y sus pobres botas, veinte veces remendadas.

Baltasar se paseaba pensativo. Al fin dijo:

—¿Sabes que el señor Vaillant du Four me ha legado unos billetes de banco? ¡He hallado diez, diez mil francos!

—¡Qué suerte!—exclamó Calabacita, que parecía ensimismada en su trabajo—. El señor Rondot no podrá pensar que es usted un cazador de dotes.

—¿Verdad? Además he leído cinco paquetes de documentos, procedentes del señor Vaillant du Four, relativos a las personas que le confiaron sus hijos. Son irrefutables, hasta tal punto que, siendo todas las pruebas iguales, es imposible descubrir la verdad y saber de quién soy hijo; pero también es imposible que nadie pueda negarme el nombre que yo

elija entre los cinco a que tengo derecho. Me llamaré, pues, como quiera.

—¡Es embarazoso, señor Baltasar!

—Al contrario; ¡muy fácil! Beaumesnil y Gourneuve... dos asesinos... quedan eliminados; el señor Vaillant du Four... ni hablar de él... Entre Revad Pachá y el conde Coucy-Vendôme, ¿puedo dudar, cuando ya está tramitándose el pleito por el notario del difunto conde y sólo esperan mi firma?

Calabacita, que se había levantado, le dijo mirándole a la cara:

—¿Y la señorita Ernestina?

—¿La señorita Ernestina? La dignidad de su vida, sus amistades eclesiásticas y aristocráticas—respondió gravemente Baltasar—le aseguran la mejor acogida cerca de cualquiera.

—Yo creo que preferirá mantenerse apartada y que su nombre no se pronuncie.

—No he de renegar de ella—gritó indignado Baltasar—ni de mis amigos los Fridolin tampoco. Si Violante no se acomoda a mi familia, ¡tanto peor para ella! Yo no tengo necesidad de nadie, ¿sabes?, ¡de nadie! Nuestra vida actual en "Las Danaides" satisface todos mis deseos. ¿Qué más quieres?

—¡Oh, nada!—repuso la muchacha.

—Pero Violante no hará objeciones—afirmó calmándose un tanto—. La conozco; es una criatura noble.

—¡Que le haga a usted dichoso, señor Baltasar—dijo Calabacita bajando la voz—, y que le consagre a usted todo su tiempo y todos sus pensamientos, como si no fuviera otra razón de vivir, es todo lo que deseo!

Por la tarde, Calabacita fué a "Las Danaides" antes de que Baltasar marchara, pues quería dar el último vistazo a la *toilette* del joven. Además le trajo otro guante color paja que encontró en una casa de ropa usada; era de la misma mano que el otro color manteca, pero eso no se vería y las conveniencias quedarían salvadas.

Le inspeccionó de pies a cabeza, le hizo cambiar de pañuelo y le arregló el lazo de la corbata blanca.

—Acompáñame hasta el jardín de Batignolles—dijo Baltasar.

Consintió la muchacha y cogió la enorme cartera. El iba de sombrero de copa y levita negra; ni una mancha en ella; recto el pantalón; al menos por un lado podía vanagloriarse de tener el pliegue reglamentario.

Baltasar se mostró locuaz. Con el pecho abombado, parecía desdeñar otro espectácu-

lo que el del cielo azul y las nubecillas blancas que en él flotaban.

—Estoy contento de la resolución que he tomado—dijo—. Siempre he sentido una viva atracción por los Coucy-Vendôme. Hay que tener un nombre en la vida, Calabacita: es una patente de honorabilidad y esto da peso y equilibrio a nuestros actos. Y tanto mejor si ese nombre es resonante y se liga a gloriosos recuerdos. Además, toda la historia de Francia...

Calabacita permanecía silenciosa, lo que, al cabo de un rato, acabó por molestarle, y, dada la solemnidad de las circunstancias, le sobreexcitaba; se preguntó por primera vez qué es lo que pensaría la joven. Su alma le parecía de pronto secreta y oscura. Observó con sorpresa que ya no llevaba sus bucles rubios y que de nuevo las dos trenzas aparecían rígidas y sin coquetería a los lados de su rostro. Le pareció bonita, a pesar de todo, y enrojeció mirando sus labios. Vió que ella también enrojecía.

—¡Dios santo!—dijo Baltasar—. ¡Cómo has cambiado, Calabacita! ¡A mi entender, tu rostro de hoy no es el de otras veces!...

No había cambiado, pero cuando la vida nos modifica siempre estamos dispuestos a

ver en los demás el efecto de nuestra transformación.

Al llegar al jardín de Bafignolles, como aun faltaban algunos minutos para la hora de la cita, se sentaron. Calabacita sacó de su cartera un pastel de hojaldre de los que a él le gustaban y aquella atención le hizo recordar lo servicial y delicada que era con él.

—Estoy seguro—dijo—de que Violante sentirá por ti una gran simpatía y que os entenderéis a maravilla.

Esta perspectiva le era agradable. Atravesaron el jardín y, en un acceso de lirismo, enumeró todas las alegrías de que participarían uno y otro... Harían esto... lo otro... lo de más allá... Se hubiera dicho que Calabacita iba a participar hasta del orgullo de llevar un nombre tan rimbombante como el Coucy-Vendôme.

—Son dos familias ilustres, Calabacita; dos corrientes de la más alta nobleza que se han unido para formar un solo río que...

Baltasar no pudo terminar la frase, que le había salido mal desde un principio. Además, Calabacita no le sostenía con su aprobación como otras veces. Se sintió vejado y dijo:

—Pero ¿qué es lo que te pasa hoy?

—Nada... se lo aseguro.

—A ti te pasa algo... el sonido de tu voz no es el mismo de siempre... cualquiera creería que lloras... pero ¡si estás llorando como el otro día...!

Se habían detenido a alguna distancia de la salida y permanecían inmóviles uno frente a otro, él mirándola, con sorpresa, ella bajando la cabeza y tratando de retener sus lágrimas.

—¿Qué tienes?—repetía él confuso—. No hay ninguna razón para que llores.

—Ninguna, señor Baltasar.

—¿Entonces? Estamos hablando de un acontecimiento feliz, de mi casamiento, de Violante, por consiguiente...

Se interrumpió. Las palabras que estaba pronunciando le parecían contrarias a una verdad confusa que palpitaba en su fondo. Recordaba que en el parque de Saint-Cloud hablaban precisamente de Violante cuando la joven empezó a llorar.

—Vamos, mi pequeña Calabacita, tú sabes bien que mi decisión en nada afecta a nuestra amistad, que nuestra vida continuará como antes. Me has dado muchas pruebas de abnegación para que yo consienta jamás que...

—Si no es por eso... no es por eso, se lo juro—murmuraba la joven.

—¿Verdad que no?—continuó Baltasar—. Yo te lo repito, en este punto seré intransigente y estoy seguro de que Violante comprenderá... estoy cierto... comprenderá que si me pone en el caso de tener que elegir...

Calabacita le interrumpió con un gesto.

—Yo le suplicó, señor Baltasar, que no hable de lo que no puede llegar a suceder. Usted ha prometido a la señorita Violante consagrarle todos sus esfuerzos, y ya ha realizado por ella tan bellas cosas!

—¿Por ella?—exclamó Baltasar, indignado—. ¿Pero estás loca? Ella no ha sido causa ni de uno solo de mis actos.

—No importa, señor Baltasar; que quiera usted o que no, su casamiento traerá muchos cambios...

—¡Estás loca! ¡estás loca!—repitió—. ¡Imaginas que yo iba hacerme cómplice, respecto a ti... que yo he de consentir... Reflexiona, Calabacita... entre nosotros existe un conjunto de lazos... de recuerdos...

—Entre nosotros, señor Baltasar, está la vida.

—Justamente, Calabacita; la vida que nos une.

—No, al contrario; la vida que nos separa.

—Calla, calla...